

principios de toda buena doctrina psicológica y fisiológica sobre la naturaleza de la sensibilidad: *Sentire non est proprium animæ neque corporis, sed conjuncti. Potentia ergo sensitiva est in conjuncto, sicut in subjecto*: Que es cosa notoria que el alma sensitiva no tiene operación alguna propia por sí misma, sino que toda operación del alma sensitiva es del compuesto: *Sensus communis est animæ et corpori; sentire enim convenit animæ per corpus.*

LA SENSIBILIDAD ES IRREDUCTIBLE Á MOVIMIENTO FÍSICO. Conclusión 4.<sup>a</sup> y última respecto de la naturaleza de la sensibilidad; que esta potencia activa, objetiva y orgánica, no es, no puede ser, precisamente por estos sus caracteres esenciales, ni función de la materia, ni transformación, mediante el organismo, de un fenómeno físico; que la sensibilidad es una fuerza realmente específica, por su actividad y por sus funciones, considerada como facultad, y considerada en las sensaciones, no menos específicas, reales, irreductibles á toda forma de movimiento mecánico. Verdad que tenemos ya demostrada; por lo que á la sensación como efecto de la sensibilidad se refiere, en toda la doctrina anterior; por lo que á la sensación como hecho psicológico atañe en toda la doctrina con que demostramos la naturaleza por excelencia específica de todos los fenómenos psicológicos, y la absoluta imposibilidad de reducirlos á efectos de la energía cósmica, á puros movimientos transformados en los grandes centros del sistema nervioso. Bastan la concien-

cia, la observación propia, el análisis real de las distintas sensaciones, la experiencia personalísima del mismo objeto que las diferencia en afectivas y representativas; la misma diferencia de los sentidos y de los órganos correspondientes; todo el complejo funcionalismo y consorcio del elemento físico, del elemento fisiológico y del elemento psicológico en las operaciones de la sensibilidad; bastan todos estos fundamentos de evidencia personal y de experiencia sazoadísima para rechazar toda doctrina que reduzca el fenómeno psicológico de nuestras afecciones y representaciones sensitivas á un caso más de la energía cósmica.

Todos los argumentos de analogía sobre la unidad de los fenómenos físicos por transformación del movimiento, proponiendo igual transformación y reducción para los fenómenos psicológicos, olvidan ó desconocen que no hay analogía posible, ni aún en hipótesis, para hechos diferentes por esencia. Todo será posible en los fenómenos de la materia; pero no lo será reducir los fenómenos de la vida á la materia; los de la conciencia al movimiento físico. Entre los fenómenos materiales, físico-químicos, y los fenómenos vitales, psicológicos, media precisamente esta diferencia indestructible, que son fenómenos psicológicos; y no cabe que por alteración de los átomos, ó por su diversa posición, ó por su distinta velocidad, ó por su número, en una palabra, por las diversas relaciones de cantidad ó de movimien-

to, se conviertan unos en otros, y se reduzcan todos al físico los fenómenos psicológicos; en cuya esencia ni hay extensión, ni número, ni elementos de composición, ni velocidad, ni cantidad, ni movimiento. Aplíquese todos estos términos; todas estas relaciones matemáticas del estudio de los fenómenos físicos, á los psicológicos, á una afección, un conocimiento sensible ó intelectual, un acto cualquiera de conciencia; y la sola diferencia, la desproporción entre este objeto y aquel medio de estudio, con toda su exactitud, sobran para evidenciar lo inútil del empeño.

No ignoramos que sobre la mensurabilidad de las sensaciones y la proporción entre las mismas y la excitación, se han hecho curiosas investigaciones; entre ellas la llamada *Ley de Weber*, formulada por Fechner, y que se expresa así para los matemáticos; la sensación es proporcional al logaritmo de la excitación. Mas aparte de que no hemos negado las influencias del objeto, del órgano, del medio y del modo, de la *tonalidad*, de cada sensación, para la producción de la misma, antes bien, las hemos reconocido y justificado por la naturaleza propia de la sensibilidad, el valor de la Ley de Weber, lo juzga el mismo Delbœuf de este modo: «No obstante, esta ley de Weber, en los límites más favorables, no es más que de aproximación, según lo demuestran las delicadas experiencias que hemos hecho; y es siempre insuficiente fuera de estos límites, esto

es, cuando la excitación es muy débil ó muy fuerte. Entendida literalmente, está sujeta á críticas de toda especie, que de ninguna manera permiten ver en ella la expresión de la verdad absoluta». Y si esto es con una observación, que, rigurosa ó no, ha llegado á tener una fórmula matemática, y que versa sólo sobre una condición de las sensaciones, la cantidad de la excitación, que está muy distante de ser la sensación misma, á la prudencia de todos queda el decidir cuál es el valor de otras muchas conclusiones, todavía más indeterminadas, sobre puntos más íntimos, presentados con mucho aparato experimental; y á veces de cosas incapaces de ser experimentadas físicamente.

No hay unidad positiva entre realidades substancialmente diversas; se suman cantidades homogéneas; la sensibilidad, como fuerza específica por su naturaleza, y las sensaciones, con su diversidad real, no son reductibles al fenómeno físico transformado; porque, como con enérgica frase dice Rabier, la ciencia no es el escamoteo de la realidad.

Las aplicaciones de la teoría de la Unidad de las fuerzas físicas á los hechos psicológicos, las rebuscadas interpretaciones de la influencia orgánica, las conveniencias del Monismo absoluto, las hipótesis de Mr. Luys, explotadas por Haeckel sobre motivos del sistema nervioso, que en *La Psicología Celular* hemos examinado; todas las hipótesis positivistas, que otorgan gratuita-

mente valor de hechos científicos experimentales á puras analogías y sistemáticas inducciones, sostienen hoy la doctrina contraria; afirmando la unidad del fenómeno físico en la materia y en la vida, contra la Psicología en nombre de la Ciencia, contra el alma en nombre de la Fuerza, contra la Naturaleza de composición del hombre en nombre de la Materia, como realidad única existente. No sean nuestros razonamientos, sean los de un psicólogo tan entregado, aún á costa de no pequeñas contradicciones, al sistema agitado por las corrientes positivistas; sea el mismo Delbœuf, que cree en la eternidad de la materia, del movimiento y de la sensibilidad, y hasta no siempre distingue expresamente entre ésta y el pensamiento, quien aduzca el último testimonio en favor de la naturaleza específica de dicha facultad, sosteniendo su irreductibilidad á los fenómenos físicos: «La sensación no es por tanto más que el fenómeno psíquico interno correspondiente al hecho físico externo de la impresión. Pero el paralelismo excluye la identidad. Es decir, que no concebimos el tránsito de lo insensible á lo sensible..... Un filósofo ha dicho: Dadme la materia y el movimiento y yo crearé el mundo! El mundo físico, sí; pero el mundo psíquico, no!»

La sensibilidad, según todas las enseñanzas legítimas de la experiencia y de la razón, constituye la manifestación evidente de una fuerza, de una actividad, de un principio, diferentes de la

materia y de las energías físico-químicas, que en la materia obran; la unidad de conciencia de todos los fenómenos psicológicos que la sensibilidad abraza, constituye un testimonio irrefutable, un fundamento objetivo de verdadera base experimental, para la determinación de la naturaleza de su primer principio, que oportunamente estudiaremos.